

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Entre saias justas e jogos de cintura. Compilado por Alinne Bonetti y Soraya Fleischer, Florianópolis, Ed. Mulheres, Santa Cruz Do Sul, Edunisc, 2007, 372 p.

La dimensión subjetiva del trabajo etnográfico es una cuestión sobre la que desde hace varias décadas se ha comenzado a reflexionar en la investigación antropológica. El trabajo de campo en sí mismo está lleno de sobresaltos, inseguridades, angustias, decepciones, malos entendidos, sorpresas, etc., que necesitan tanto de herramientas teórico-metodológicas como de una buena *cintura* para ser sorteados. Sin embargo, cuando leemos una etnografía, en la mayoría de los casos, lo que se nos ofrece es un relato coherente, libre de obstáculos, en el que se han silenciado la mayoría de las circunstancias prácticas –y, muchas veces, dificultosas– en las que la investigación fue llevada a cabo. Empero, socializar las dificultades y las enseñanzas de nuestro trabajo de campo y la manera en que registramos los datos o, en otras palabras, compartir de algún modo nuestro diario de campo y descubrirlo como nuestra principal fuente de investigación puede ayudar a otros investigadores a enfrentar el campo con mejores herramientas.

A lo largo de las páginas de *Entre saias justas e jogos de cintura*, cada una de las autoras va develando –como el título lo indica– las “*saias justas*”¹ que debieron sobrellevar a lo largo del proceso de su trabajo de campo y, al mismo tiempo, los “*jogos de cintura*”² que pusieron en práctica para eludir las dificultades.

Las compiladoras, Alinne Bonetti y Soraya Fleischer, nos proponen un recorrido por doce artículos que develan las dificultades, aventuras y desventuras de las primeras etapas de la formación académica de posgrado de doce mujeres antropólogas. La propuesta es original; no sólo porque se trata de una compilación

que habla específica y exclusivamente de temas relacionados con el trabajo de campo en sí mismo o, más aún, de la relación entre las investigadoras y su diario de campo –porque, como Bonetti y Fleischer advierten, hablar del trabajo de campo es hablar de cómo registramos nuestros datos y nuestra circulación en el campo, y porque reflexionar sobre esas experiencias es retomar al diario como nuestra principal fuente– sino porque, además, se trata solamente de investigaciones realizadas por mujeres “jóvenes” en el sentido de encontrarse en momentos tempranos de su formación como antropólogas, lo que permite vislumbrar cómo una nueva generación piensa, practica y reinventa el clásico trabajo de campo. Original también es el modo en que las compiladoras seleccionaron esos artículos, pensando el género como forma de atribuir sentido a las diferencias que parten del imaginario sexual pero lo trascienden, para dotar de sentido a las más diversas manifestaciones de la experiencia humana. De este modo, se trata de artículos que echan luz sobre la (invisibilizada) diferencia de ser hombre o mujer en el campo, y que revelan de qué manera una formación académica que puede ser entendida como “eminente masculina” (p. 20) es resignificada por cuerpos femeninos en el campo.

El libro de Bonetti y Fleischer no intenta ser un manual de “problemas y soluciones”, sino que se caracteriza por retratar las vivencias inesperadas que las investigaciones nos imponen y que nos llevan a un proceso constante de formulación de preguntas. Y es ahí donde radica una de sus fortalezas: los textos nos enseñan que hacer etnografía es, principalmente,

formular preguntas. Así, a través de reflexiones narrativas sobre diferentes aspectos del quehacer etnográfico, el libro se convierte en una compilación que puede ser de mucha utilidad para investigadoras que están atravesando esa etapa del trabajo etnográfico, porque proporciona herramientas que pueden ayudarnos a enfrentar el campo, mejor equipadas. El hecho de saber acerca de otras experiencias puede sernos de utilidad para ayudarnos a reflexionar sobre las nuestras y sobre la relación social de campo como parte necesaria e inevitable del proceso de investigación, y para convertir nuestra propia subjetividad en una herramienta útil para el desarrollo de aquella.

Ya desde la introducción el libro se nos revela novedoso. A través de un ejercicio sumamente creativo, al que ellas mismas llaman “delirante”, Bonetti y Fleischer dan vía libre a un “experimento etnográfico-literario”, creando una situación ficcional en la que una joven antropóloga en pleno trabajo de campo entrevista a dos colegas que son compiladoras de un libro que reúne artículos sobre situaciones de campo de mujeres etnógrafas. A medida que van siendo “entrevistadas”, Bonetti y Fleischer van contando el proceso de concepción y producción del libro al que, de una manera sumamente peculiar, el lector accede como si se tratara de las notas de un diario de campo. De esta manera, en total coherencia con el objetivo de la compilación, esa situación etnográfico-literaria va descubriendo para el lector las bambalinas de la inspiración y realización del libro, enraizadas y marcadas por las dificultades y soluciones del propio trabajo de campo de las compiladoras en su investigación para el doctorado.

El recorrido comienza con el texto de Carmen Susana Torquinst, quien reflexiona acerca de las implicancias de investigar ciertos aspectos de un movimiento social en el cual ella misma “militaba”: un grupo local que impulsaba el parto humanizado. Uno de los primeros puntos salientes que marca la autora es la dificultad encontrada al querer suspender momentáneamente tanto los vínculos intersubjetivos como las tareas que le insumía el activismo para poder abocarse a la reflexión y al extrañamiento que implicaba la escritura de su tesis doctoral. Se trataba de una antropóloga que

deseaba doctorarse mientras participaba de un grupo que permanentemente ponía en entredicho la legitimidad social del conocimiento académico a la vez que anteponía y disputaba la urgencia de “su” agenda frente a la agenda académica de la investigadora. Analizando los tópicos que se le fueron presentando, lo que Tornquist pretende es mostrar la necesidad de trabajar reflexiva y metodológicamente con aquella frontera en la que se unen y distancian –según las circunstancias– el doble rol de investigadora y activista. En definitiva, como bien muestra la autora, ahondar en dicha intersección implica extrañarse de las propias certezas al introducir la alteridad y –tal como lo marca nuestro oficio– la mirada desnaturalizadora en aquello que nos es familiar.

En una tónica similar, encontramos el artículo de Mônica Dias, quien también traza las implicancias de su subjetividad en la investigación por ella realizada. Habiendo llegado al universo de los cultos africanos en busca de historias sobre la esclava Anastasia y teniendo como foco de interés principal la identidad y religiosidad negra en *terrerros* de Umbanda, Dias –de formación extremadamente católica– relata las tensiones sufridas en el campo y analiza cómo el encuentro (en una fiesta Umbanda) con un *caboclo* incorporado en un *pai de santo* le produjo un conflicto con sus propias creencias religiosas al encontrarse ella misma inesperadamente en situaciones de desmayos y aturdimiento. Frente a la fuerza con la que el campo se le imponía, Dias se pregunta si hay una cuestión de género que escapa al control del entrenamiento antropológico y si será ella –por ser mujer– más pasional frente a los hechos, involucrándose de cuerpo y alma a las sensaciones vividas. Sin darnos una respuesta, la autora se sumerge en una interesante reflexión sobre el quehacer etnográfico y el proceso de extrañamiento, planteando la necesidad de no resistir el contacto con el otro, de no imponer de antemano conceptos preestructurados, lo que no implica “tornarse” otro, sino permitirle la entrada y experimentar su lógica.

En el tercer capítulo se nos presenta el trabajo de Larissa Pelúcio, quien también desanda los caminos de la *exotización de lo familiar* y la *familiarización de lo exótico*

(Da Matta 2007). En este caso, la autora, que trabaja con travestis que se prostituyen, y con sus clientes en la ciudad de San Pablo, nos trae episodios en los que su exceso de confianza en el campo la llevó, casi de modo ingenuo, a dejar de estar atenta al entorno, desconsiderando la realidad local—una región donde la prostitución, el tráfico y la violencia dan la tónica— y sobreestimando a los sujetos de su investigación. Mostrándonos sus dificultades y sus aprendizajes en el campo, Pelúcio nos acerca una discusión elemental acerca de la necesidad de ejercitar el extrañamiento de lo familiar cuando la “aldea” se encuentra en nuestra propia cultura y nos revela el difícil ejercicio de entender qué es lo que torna exótico y peligroso a un grupo (en este caso, los travestis) dentro de un contexto social que nos es familiar. Nos demuestra cómo fue acomodándose al hecho de ser mujer en ese ámbito y cómo fue construyendo su lugar de investigadora negociando con el grupo investigado sus propios marcadores identitarios (clase, género, sexualidad) al punto que, aquello que parecía ser un obstáculo en los comienzos de su investigación, pasó a ser ventajoso para las relaciones establecidas en el campo.

Considerando aquellas incertezas propias que genera el aprendizaje del oficio de etnógrafo como instrumentos privilegiados de conocimiento, el artículo de Nádia Meinerz pone en foco la cuestión de género y de la diversidad de clasificaciones identitarias tomando a la sexualidad como objeto de estudio. Así, la autora se propone desentrañar la diversidad de relaciones *homoeróticas* que se subsumen en la categoría de homosexualidad femenina. Analiza las implicancias que su propia condición de mujer tuvo en tanto obstáculo o posibilidad para llevar adelante la investigación, a la vez que reflexiona acerca de la riqueza que, en cuanto a posibilidades de conocimiento, conlleva—en concordancia con el modo en que se concibe el género en esta compilación— no tomar la diversidad sexual como dato sustantivo sino relativizarla. Asimismo, reflexiona acerca de su condición de heterosexual, lo cual la volvía una *outsider* en el grupo estudiado. Es desde la objetivación de esta situación que la autora reflexiona acerca de la necesidad de conocer desde la diferencia, priorizando el extrañamiento

y tomando la relativización como instrumento de análisis.

Casi como contrapunto del artículo anterior, el trabajo de Paula Machado—también interesado en temáticas de elecciones sexuales y reproductivas— nos acerca su vivencia de ser mujer haciendo trabajo de campo entre hombres de sectores populares en una *favela* de Porto Alegre. Su trabajo nos aporta una reflexión acerca de las “vueltas al campo” que se producen cuando se estudian terrenos conocidos previamente desde otras funciones o profesiones (en su caso, desde su profesión como psicóloga). En este punto, la autora cavila acerca de las interpelaciones que los sujetos le realizaban colocándola una y otra vez en su “anterior” profesión. Eso significó para ella no sólo un esfuerzo para poder (re) entrar en categoría para “los otros”, sino una vigilancia epistemológica que le permitiera rever el campo con ojos renovados despojándose del “anterior” conocimiento que tenía sobre éste y desnaturalizando las propias certezas. Por otra parte, Machado introduce una disquisición interesante respecto de los límites que ciertos temas—como el de las sexualidades— imponen a las formas “clásicas” de observación participante y también de entrevista, por tratarse, en muchos casos, de situaciones “indecibles”. Frente a esto, la autora nos informa de qué manera buscó formas que le permitieran suplir la inaplicabilidad de técnicas clásicas. Por último, y en sintonía con el enfoque que del género propone la compilación, la autora destaca de qué manera, trabajando con hombres, también tuvo que negociar su lugar con las “otras” mujeres y en qué medida esta contienda cotidiana le abrió las puertas a mejores entendimientos respecto de la relación entre géneros, permitiéndole reflexionar sobre la necesidad de “construir abordajes más éticos en la cotidianeidad de la investigación” (pp. 183).

Así como Machado, trabajando con hombres, se encontró con “otras” mujeres, Fernanda Noronha utilizó un camino similar para acceder a las relaciones entre géneros entre jóvenes que practican *hip hop* en las calles de San Pablo. En sí, la propuesta de Noronha era acceder a las relaciones de género a través de un abordaje, justamente, relacional. Por lo tanto, construir

este conocimiento a través del trabajo de campo con varones no se constituía en un límite, pues serían la mirada y el análisis antropológico aquello que construiría conocimiento acerca de las relaciones entre géneros. A su vez, y en concordancia con lo planteado por otras autoras de la compilación, su clara posición de *outsider* del grupo estudiado (posición que anclaba fundamentalmente en ser mujer, blanca y de una franja etaria superior a la de los sujetos) fue objetivado por ella misma para definir estrategias metodológicas que le permitieran convertir las diferencias en herramientas posibilitadoras de conocimiento.

Andréa de Souza Lobo escribe su artículo “desde el campo”, en Boa Vista, Cabo Verde, África. El “estar allí” representa para ella no sólo una cuestión geográfica sino, además, haberse casado con un caboverdiano, haber tenido un hijo con él y pasar a formar parte de redes familiares locales. Ser mujer, madre y extranjera fueron tópicos que marcaron en Lobo un “volver” a mirar antropológico (pues se había apartado momentáneamente de la academia) sobre esa, su nueva realidad. Su proyecto de trabajo se orientó a ver de qué manera los boavistenses objetivaban la relación con los “otros” –sea tanto aquellos llegados de afuera como aquellos con quienes se contactan los “locales” que emigran– y las transformaciones que a partir de esos contactos se iban registrando en el espacio doméstico. Por demás sugerente es la manera creativa en la cual la autora resuelve la ansiedad que tanto sus amigos como parientes demostraban al no entender cuál era su trabajo. De algún modo, para estudiar el (propio) espacio doméstico tuvo que extrañarse ella misma de él e imponerse un rol de “trabajadora” a partir del cual poder recabar información y construir sus datos. Aquello que llevó a Lobo, en un primer momento, a Cabo Verde, fue una idea clásica de etnografía de *volver familiar lo exótico*. Sin embargo, a partir de situaciones personales, para seguir investigando tuvo que poder realizar, aun en un país extranjero y siendo ella una *outsider*, la operación inversa: aquella de *volver exótico lo familiar*. Como afirma la autora, hoy conocemos desde la alteridad, pues el otro se suma a nuestro mundo. De lo que se trata, en definitiva, es de entender qué significa y provoca para nosotros

antropólogos, nativos y lectores esa *fusión de horizontes*.

En el caso de Kelly Da Silva –cuya investigación versaba sobre el proceso de construcción del Estado Nacional en Timor Oriental y la influencia de la ONU en la reestructuración de los mecanismos estatales de esa isla del sudeste asiático–, la autora traza interrelaciones entre trabajo de campo, género y poder. A lo largo de su texto, Da Silva explora de qué manera ciertas características de su identidad participaron, influyeron y condicionaron el desenvolvimiento de su investigación, interactuando con el campo de poder objeto de su investigación. La autora relata que el hecho de ser mujer, brasileña y hablar tétum hizo que sus redes de contactos fluyeran con relativa facilidad. No menos importante es su contribución a la discusión sobre la relación conyugal en el campo, la que por momentos impedía los asedios sexuales a los que ella podía estar expuesta pero a la que, en ciertos momentos, ella encontraba estratégico ocultar (con el consentimiento de su marido, también antropólogo).

Muchos de los artículos aquí reunidos tratan las ventajas y/o desventajas de identificaciones relativas a la sexualidad (heterosexual, casada, soltera, comprometida, etc.) y el modo en que esas caracterizaciones influyen en el desarrollo de la investigación. En el caso del artículo de Daniela Cordovil, aunque el foco está puesto en el trabajo de campo en sí mismo, también encontramos un abordaje de las diversas implicancias de estar sola o acompañada en el campo. Cordovil plantea que rever las condiciones de producción del propio trabajo de campo suscita una crítica de nuestra propia etnografía y se pregunta (y nos desafía) si los problemas teóricos que ella perseguía en su investigación eran los problemas de sus informantes o estaban en su cabeza o la de otros investigadores que de ellos se ocuparon. Y nos aclara que estamos lejos de encontrar una solución a este desafío. Habiendo llegado por primera vez a Cururupu, en el Maranhao, como estudiante de música con la intención de conocer la música indígena, Cordovil nos muestra la construcción de su objeto de estudio relatando los sucesivos viajes allí y las diferentes

situaciones azarosas que se le presentaron, y devela que fue recién al volver del campo y al poder “dialogar” y confrontar los datos con la literatura especializada sobre cultos afro-brasileños que pudo ver que el campo se imponía a la teoría y empezar a discutir la relación entre magia, ciencia y sincretismo. La autora llama la atención sobre la importancia de apropiarnos de lo que el campo es capaz de proporcionarnos y del azar en la elección del objeto de estudio, azar que es, en definitiva, la esencia de la que se nutren nuestras etnografías.

Un poco a contramano de la propuesta de Daniela Cordovil, llega el décimo capítulo del libro con un texto de Diana Milstein. La autora, interesada en investigar las prácticas vinculadas a pugnas por alguna forma de poder tal como se presentaban en la cotidianeidad de una escuela del conurbano bonaerense, relata cómo comenzó a sentir un cierto agotamiento del campo porque su trabajo en la escuela no lograba revelar del todo las relaciones sociales imperantes allí y sus vínculos con la comunidad local. La creación de un taller coordinado por ella con la participación de un grupo de niños de entre 10 y 14 años que hicieran entrevistas, visitas a la comunidad y sacaran fotos, terminó redireccionando su propia investigación, y la perspectiva de los chicos le permitió entender la relación entre la plaza y la escuela y la importancia de aquélla como espacio público atravesado por estrategias de supervivencia llevadas a cabo por personas de la comunidad con mayor o menor nivel de organización política y social.

El texto de Patricia de Araujo Brandao Couto resulta interesante por lo original de su punto de partida para la reflexión metodológica: aquello que ella misma denomina “precampo”, es decir, aquellas situaciones que imprevisiblemente influyen y condicionan nuestras posteriores elecciones respecto de nuestros objetos de estudio. Para esto la autora comienza por distinguir aquellas situaciones que podrían ser llamadas “experiencia” de otras que, por la capacidad que tienen de ser aisladas, de convertirse en hechos paradigmáticos y de poder reflexionar sobre ellas, revisten “una experiencia”. Así, Patricia Couto se dispone a analizar “una experiencia” que para ella sería definitoria de sus posteriores intereses

investigativos y a la que reconoce como aquella que le impuso “buscar un sentido”, búsqueda de la cual surgió su posterior proyecto doctoral. Partiendo de una experiencia de viaje que la autora realizó a fin de reencontrarse con parte de su propia historia, el artículo aborda la experiencia de desplazamiento y dislocamiento que la propia autora vive como viajante, al ser considerada –debido a taxonomías circulantes en el lugar receptor– una turista. Es desde esta propia experiencia que comienza a pensar en las consecuencias que el turismo está generando en la localidad que la había recibido, que lo vuelven una problemática antropológica en la que ni siquiera había pensado con anterioridad.

El último artículo, de Isabel Santana de Rose, nos acerca la problemática de cómo lidiar con las tensiones que se generan cuando el compromiso y el interés personal y académico están indisolublemente ligados. Santana de Rose comparte con el lector su experiencia de campo en una comunidad de Santo Daime, en Minas Gerais, a la que llega motivada por su interés en conocer los estados modificados de conciencia y las “plantas de poder”. Después de frecuentar los rituales *daimistas* por algunos meses, ella misma decide comprometerse con la doctrina y ligarse personalmente al Santo Daime. Así, la autora reflexiona sobre lo familiar y lo exótico (atravesados, en este caso, por la condición de género de la autora), sobre las relaciones entre el estar “aquí” y “allí” y sobre los límites y las superposiciones entre sus creencias y la necesidad de “tomar distancia” para poder llevar a cabo su investigación.

Finalmente, nos encontramos con un posfacio escrito, a modo de carta, por Claudia Fonseca, quien nos transmite el valor que ella misma encontró en este volumen al leerlo. Fonseca nos brinda breves análisis de los textos, preguntándose qué hace ella –una antropóloga de la “vieja” generación– en medio de la escritura de este posfacio. Resalta que las narrativas están marcadas por un aspecto determinado de la subjetividad de cada investigadora: la sensación de vulnerabilidad que viven durante sus experiencias iniciales en el campo –residiendo allí lo particularmente femenino al asumir de esa manera los momentos de flaqueza– y plantea que es ahí donde radica su riqueza. Las autoras

del libro, nos dice Fonseca, no optan por salidas fáciles, sino por aceptar los desafíos, lo que implica un proceso de aprendizaje. El libro, con su dimensión no-esencialista, no-exclusivista y con tolerancia hacia orientaciones teóricas variadas, deja ver el interés por una antropología que aprecia el trabajo de campo sin, por eso, perder de vista las aspiraciones teóricas de ese saber.

Sabemos que no hay recetas para el trabajo de campo y, por suerte, este libro tampoco tiene intenciones de darlas. Sin embargo, la lectura de todas estas experiencias nos mueve a otras investigadoras al pensamiento crítico, a la reflexión y a la reflexividad, nos invita a llevar a cabo un movimiento intelectual, a interpretar el campo entendiendo que somos necesariamente parte de él. En definitiva, nos llama a hacer un viaje al interior de nuestras propias investigaciones y al interior de nosotras mismas.

Fecha de recepción: 10/12/2010

Fecha de aceptación: 07/03/2011

NOTAS

- ¹ La frase *saias justas* indica una situación embarazosa, encontrarse en un aprieto o en un brete. Por falta de una traducción más adecuada, mantendremos aquí el original en portugués.
- ² En español existe una expresión parecida, “tener cintura”, que también significa poseer habilidad y astucia para resolver situaciones difíciles.

BIBLIOGRAFÍA

Da Matta, Roberto

2007. El oficio del etnólogo o cómo tener ‘Anthropological Blues’. En M. Boivin, A. Rosato y V. Arribas (comps.), *Constructores de otredad. Una introducción a la antropología social y cultural*: 172-178. Buenos Aires, Antropofagia.

*Elisa Palermo**

*María Alma Tozzini***

*Centro de Antropología Social del Instituto de Desarrollo Económico y Social, Becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Universidad de Buenos Aires. E-mail: elisapalermo@yahoo.com.ar

** Centro de Historia Regional, Nodo Universidad Nacional del Comahue, Universidad Nacional de Río Negro, Becaria Doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Universidad de Buenos Aires. E-mail: almatozzini75@gmail.com

Espacio, ambiente y los inicios de la agricultura indígena en el noroeste argentino, María Marta Sampietro Vattuone, JAS, Arqueología Editorial, Madrid, 2010, 188 p.

En los últimos años se ha producido en la arqueología argentina un significativo incremento de las investigaciones sistemáticas relacionadas con la reconstrucción de los marcos paleoambientales en que se desarrollaron los procesos socioculturales del pasado. Si bien el tema ambiental siempre estuvo presente en las investigaciones arqueológicas de nuestro país, incluso desde los pioneros trabajos del destacado Florentino Ameghino, no existía, generalmente, en los proyectos de investigación, una relación profunda a nivel interdisciplinario que pudiera definirse por los parámetros de la moderna Geoarqueología.

Con destacadas excepciones, generalmente referidas a investigaciones desarrolladas en la Pampa y la Patagonia, no fue sino hasta finales de la década del ochenta que los estudios paleoambientales con carácter interdisciplinario y metodología multiproxy se integraron de manera efectiva en los proyectos arqueológicos del Noroeste Argentino. Aún así, estas investigaciones se desarrollaron fundamentalmente en las tierras altas de la Puna y sus quebradas de acceso. Actualmente son muy escasos todavía los trabajos que involucren los valles mesotermales y las tierras bajas orientales del Noroeste Argentino.

En este panorama, los trabajos desarrollados en el Valle de Tafí por el equipo de J. M. Sayago y M. M. Sampietro Vattuone pueden considerarse pioneros en encarar con un enfoque realmente geoarqueológico las investigaciones sobre las sociedades agropastoriles de Tafí. Estos trabajos nos aportaron interesante registro y observaciones interpretativas sobre situaciones paleoambientales y su relación con las sociedades humanas, muy especialmente las referidas a la explotación agrícola.

El libro que nos presenta ahora M. M. Sampietro Vattuone es una continuidad lógica de su trayectoria de trabajo en la investigación geoarqueológica del Valle de Tafí. Constituye, indudablemente, una puesta al día de la actual situación del conocimiento sobre la relación entre el manejo del espacio y el marco ambiental en que se desarrollaron las estrategias económicas agrícolas de los pobladores del valle entre *ca.* 2500 y 900 años AP, lapso que cubre el Formativo. Pero la autora lleva su análisis más allá en el tiempo, y analiza los procesos de formación de registro que actuaron luego del abandono de los asentamientos arqueológicos.

Los primeros cuatro capítulos constituyen una introducción al tema y un marco sobre las ideas teóricas, metodológicas y técnicas que guiaron la investigación. La autora deja en claro su posición sobre lo que representa la Geoarqueología como disciplina con personalidad propia dentro de la Arqueología y las ciencias de la tierra. Realiza una revisión crítica de los conceptos y usos de la metodología de estudio del ambiente en arqueología, que es de gran interés fundamentalmente para aquellos investigadores que no son especialistas en el tema y deseen aproximarse a este tipo de estudios.

Si bien en algunos casos la posición de Sampietro Vattuone puede parecer algo radical para aquellos que consideran el ambiente como un mero escenario de la conducta humana, es sumamente útil por su claridad y definición en cuanto a establecer que la relación entre las poblaciones humanas y su entorno natural fue clave al momento de interpretar el camino seguido por el desarrollo histórico-social de una sociedad.

Por otro lado, la definición y exposición de las herramientas utilizadas en la investigación constituirá seguramente una guía casi imprescindible para aquellos que decidan encarar investigaciones de este tipo, en particular en ambientes de valles de altitud media a baja donde se hayan asentado sociedades agropastoriles.

El Capítulo 5 es realmente atractivo, ya que en él se analizan las condiciones geomorfológicas, hidrológicas y paleogeográficas de los diferentes sectores del valle estudiados por la autora y su relación con el registro arqueológico de las ocupaciones humanas. La cantidad y calidad de datos hará que estos sean, seguramente, muy bien recibidos, tanto por su abundancia como por la manera sistemática en que están presentados.

En el siguiente capítulo se describen los resultados de excavación de una unidad de ocupación, para luego, en el Capítulo 7, avanzar en la reconstrucción paleoambiental sintetizando de manera excelente la totalidad de datos disponibles de diferentes fuentes. A partir de ello, ya en el Capítulo 8, se discuten las características de las prácticas agrarias Formativas observándose que la tecnología aplicada y las condiciones de los suelos constituyeron una combinación adecuada que favoreció el desarrollo y persistencia de las prácticas agrícolas, aunque en ocasiones el riego produjo cierta acumulación negativa de sales en los suelos.

Las observaciones sobre los procesos de formación del Capítulo 9 parecen confirmar que las prácticas agrícolas del Formativo se desarrollaron y florecieron durante momentos climáticos de relativa humedad, mientras que cuando se avanza hacia situaciones de mayor aridez la sociedad santamariana del Tardío parece optar por utilizar el valle especialmente para prácticas ganaderas. En el último capítulo, Sampietro Vattuone realiza una necesaria y adecuada síntesis del libro y de las perspectivas

que se abren a partir de las investigaciones realizadas.

En mi opinión, se trata de una obra de indudable interés para la arqueología del Noroeste Argentino, tanto desde el punto de vista de la Geoarqueología como del referido al estudio y entendimiento de los procesos culturales del denominado período Formativo. La obra muestra la autoridad y trayectoria de la autora en los temas que trata, su claridad para exponer los datos y su audacia para explotar su posibilidad inferencial al momento de realizar interpretaciones explicativas.

Seguramente, muchos investigadores darán la bienvenida a este aporte que constituye el primer intento en su tipo para los valles mesotermiales del Noroeste Argentino. No dudamos que algunas ideas expuestas en la obra generaran discusión y polémica, pero tampoco dudamos que serán muy bien valoradas la seriedad y rigurosidad de trabajo expuesta por Sampietro Vattuone. Al fin y al cabo, la importancia de una publicación científica debe medirse por el interés y la discusión de ideas que genere, y debe evitar la peor de las críticas: la indiferencia.

En el caso de Sampietro Vattuone y de su trabajo estamos seguros de que, lejos de provocar indiferencia, serán muy bien aprovechados y recibidos por los arqueólogos que trabajamos en el Noroeste Argentino. Más aún, tenemos serias expectativas en cuanto que constituyan un incentivo importante para incrementar el interés en este tipo de investigaciones, tan necesarias en numerosas regiones respecto de las cuales nuestro desconocimiento sobre el marco paleoambiental constituye una de las principales trabas para nuestra comprensión del pasado humano.

Fecha de recepción: 07/07/2011

Fecha de aceptación: 06/08/2011

*Daniel E. Olivera**

* Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. E-mail: deolivera@gmail.com